

PORVENIR

La cultura en la
post pandemia

Luciana Peker



Periodista especializada en género. Desde hace 20 años escribe en el suplemento *Las 12, de Página 12*. También es columnista en *The New York Times*, *El País*, *La Marea*, *Yo Donna* y *Anfibia*, entre otros medios. Da talleres de narración de género en distintas universidades, diarios y sindicatos de todo el país. En radio es columnista en Radio Nacional y FM Rock Nacional. Es autora de los libros *Putita Golosa, por un feminsmo del goce*; *La revolución de las mujeres no era solo una píldora* y *Mujeres ferroviarias, experiencias de vida sobre rieles*. Escribió en las revistas y diarios *Luna*, *Para Ti*, *Veintitrés* y *Crítica*. Recibió el premio “La mujer destacada de la década”, por el Instituto Federal de Políticas Públicas, el Premio Lola Mora a la trayectoria de la Dirección de la Mujer de la Ciudad de Buenos Aires, el Premio de Prensa Escrita “Por la vida de las mujeres, ni una muerte más”, entregado por ISIS Internacional y auspiciado por UNIFEM. En el ámbito internacional obtuvo la beca “Jóvenes periodistas latinoamericanos”, otorgada por Alemania y dirigida por el Instituto Goethe.



Remar en dulce de leche para salir del naufragio

Le mando una caja de cuadraditos de chocolate, dulce de leche y copitos de merengue –que la pastelería bautizó con el nombre de una marca de alfajores– a mi hermana. Antes, los alfajores se comían en la costa y la frase “traé alfajores” para el o la viajante era una forma de pedido para que el placer se socializara con la familia y los compañeros de oficina.

La globalización también es federal (la identidad regional se evapora, aunque la comida sigue siendo una de las principales razones para que con el viaje estallen los sentidos) y el placer multiplicado le quita placer a la posibilidad de ir a la costa y comer solo lo que existe en un único lugar.

Ahora (casi) todo es conseguible en todos lados. Y, por eso mismo, casi todo pierde valor. No solo de mercado. Estas son épocas de crisis para ver qué es lo que vale mientras solo gana el botón de las series que se pueden ver en pantuflas y amenizar la sobremesa que se extiende de la cama al sillón como el lugar en donde la cultura no está para ponernos de pie sino para anestesiar el tiempo en soledad. La forma en la que se exhibe cultura no es ajena al efecto de la cultura.

Hace 18 años tuve a mi primer hijo. Pedí un vaso de agua en un videoclub antes de llegar al parto. ¿Cómo le explico a él mientras miramos qué serie mirar juntos de qué se trataban esos lugares en donde una siempre quería sacar películas y siempre estaba en deuda porque tardaba en devolverlas? La cultura consumida en casa y no en la calle –como forma de encerrar el efecto de lo que se ve, más que el producto de lo que se muestra– empezó de a poco y ahora totalizó la posibilidad de entretener.

Los aislamientos obligatorios (que no parecen, ni siquiera, finalizar en la cuarentena sino extenderse con la virulencia del covid-19) generan un distanciamiento social que se traduce en distanciamiento cultural.

La cultura es más accesible que nunca. Pero los discos son *vintage* y los CD un elemento ridículo, si no hay compacteras en las casas. Marie Kondo nos recomendaría tirar a la intemperie la música con la que bailamos en el secundario, nos enseñó nuestro padre o trajimos de un viaje a Brasil o Nueva Orleans.

Tal vez no soportamos esa idea del orden y bajamos los CD a la baulera. Pero se trata solo de esconder donde no la vemos una desaparición preexistente, pero latente: cuanto menos compramos la música de los artistas, los libros de las escritoras, pagamos una entrada de cine y vamos a ver teatro (porque las redes reemplazan la cultura que queda apenas como un recuerdo o una limosna para funcionar a cuentagotas), las grandes empresas tecnológicas (HBO, Amazon, Netflix, Facebook, Instagram) son las únicas ganadoras.

El monopolio de la información hace que nos enteremos de qué se habla en Twitter, debatamos las notas de los diarios en Facebook con nuestros compañeros de la primaria o los primos de los primos que debaten nuestras ideas políticas, nos encontremos adivinando noticias por *storys* de influencers en Instagram y nos lleguen listas de temas que después olvidamos en Spotify o busquemos recetas en Youtube cuando, simplemente, queremos cocinar y



recordar qué escuchábamos cuando todavía no éramos tan predecibles como influenciables.

Nuestras ideas políticas, sociales y culturales son tan adivinables como la inteligencia artificial que anticipa qué queremos decir antes que lo digamos. No es inteligencia, es usar el periodismo, la literatura, la moda, la fotografía, la pintura, el cine y la música como forma de reconfirmar nuestras ideas y nuestros gustos. Es volvernos más artificiales y menos inteligentes.


La cultura no es un vacío que se llena con la que ya sabíamos, sino un lugar que se abre azarosamente sobre lo que no sabemos o lo que no nos imaginamos que podíamos saber, saborear, vestir, pensar, imaginar, escuchar, mirar, gozar y sufrir.

¿Qué es el viaje como forma de deseo sublime? Probar otros sabores, escuchar otras lenguas, perdernos en otras calles, mirar otras vidrieras, caminar otros empedrados, sentirnos diferentes porque el escenario nos permite dejar de ser quienes sabemos. Aunque sea una ficción momentánea.

Estamos viviendo lo que solo en la ficción podía suceder: un mundo de fronteras cerradas, de ciudades cerradas, de cuerpos cerrados; un mundo que se acaba en la piel y donde los otros cuerpos, los otros mundos, las otras provincias, los otros barrios y los otros países, no solo quedan lejos, quedan en un mundo donde el riesgo se volvió la más infranqueable de las fronteras.

La cultura tiene la potencia de abrir puertas, mentes, cuerpos y caminos ahora que todo se cierra. Y el ahora no es solo según las medidas que se adopten en cada lugar frente a una enfermedad, sino una pandemia que llegó para cambiar el mundo.

El desafío es que el cambio no sea encerrar también la cultura en la puerta de las casas. El trabajo no puede ser gratis como forma de precarización, sino, en todo caso, como respaldo público a la distribución (pero no a la producción) cultural.



El acceso gratuito es un valor cultural de la democracia como puente para llegar a los sectores populares –en donde se necesita la intervención del Estado como democratizador de acceso a los saberes– pero también a la garantía de pan y techo para los/las trabajadores/as de la cultura.

Tal vez lo peor de los viajes sea tenerlos planeados en un Excel y saber antes de volver a dónde ir y no perderse de nada. Todavía no sabemos cómo volver a viajar. ¿Podemos perdernos entonces en el mapa global y pensar esta crisis como una oportunidad que no cuente el cuento de hadas del capitalismo que chasquea los dedos y se reconstruye sin llagas más que las de su propio heroísmo?

Los talleres virtuales y las entrevistas en redes sociales son apenas la fantasía de que seguimos vivos. La cultura necesita pensarse fuera del monopolio de la tecnología (pero no aislada de la conexión virtual); no puede poner en peligro, pero no puede peligrar y para eso requiere de apoyo público, privado, comunitario y ciudadano.

Y debe tener perspectiva de género, racial, latinoamericana, federal, etaria, popular, de clase. Si solo lo que conviene sucede, la cultura que sale a flote es la que manejan menos y en la que llegan los sobrevivientes de un exterminio cultural.

La cultura a la que interpela el Coronavirus no es la de quedarnos en casa para no mirar, no interactuar, demandar gracias como si se contrataran payasos para un cumpleaños sin nada a cambio.

No se puede creer que el virus no plantea desigualdades, sino que exacerba las desigualdades existentes. Por eso, el peligro global requiere de unidad y tramas sociales y diferenciar las necesidades para proteger a quienes son más vulnerables.

Si la cultura tuvo a los varones como protagonistas de premios, novelas, editoriales ensayos, talleres, cursos, historietas, museos, manuales, festivales musi-

cales, no es porque eran los únicos, sino porque irrumpían como protagonistas mientras en el camino se quedaban las mujeres a las que usaban de inspiradoras o dejaban en la cocina de la creación sin poder aspirar a la fiesta del reconocimiento o a la fábrica de la producción.

El efecto del coronavirus no puede hacer retroceder las voces que, con tanto esfuerzo, sacrificio y discriminaciones múltiples, hemos construido las mujeres y las disidencias sexuales. Ahora somos leídas, escuchadas, cantadas, vistas y nombradas.

No es al virus al que le tenemos miedo, sino al pasado como forma de autoritarismo desvestido de libertad pero nombrado libre como forma monopólica de manejar un mundo en donde ya no somos musas, sino actrices globales, solidarias, colectivas y rebeldes; de un mundo en donde no queremos ni un dueño –pero tampoco una dueña– sino el reparto de la creación y el gusto de reconocernos en una cultura que estaba sumergida, justamente, en el sometimiento doméstico.

Salimos hace poco –en perspectiva histórica– y no queremos que volver a escribir entre la lavandina que echamos hasta en las llaves y la satinización de las verduras; mientras retorremos el trapo del piso, quitamos el moho del baño y nos levantamos y acostamos entre la comida y los trapos nos guarden en un closet que ya no tenía llave ni para las mujeres, ni para la población LGTTB.

Volvimos al cuarto propio recargadas de trabajo, interrumpidas en la inspiración por la urgencia de la ayuda en las tareas escolares y la olla de la supervivencia que hay que resolver. No podemos decir que no volvemos al armario de donde sacamos la ropa que lavamos mientras escribimos y guardamos mientras cantamos. Volvimos porque el cuidado nos pidió que el hogar fuera un refugio.

Pero cuidar no puede volver a ser una actividad subestimada. Y cuidar tiene que

rimar con una cultura cuidada para que las mujeres, trans, queer, no binaries, pobres, originarias, villeras, afro, jóvenes y más –siempre más– podamos seguir viajando, contando, viviendo sin mendigar y sin dejar de hacer algo más que revolver la olla para encontrar el fondo en donde vivir.

El monopolio de las ganancias no es una novedad, pero en la crisis del siglo XXI, cuando el confinamiento se volvió una forma de vivir, tenemos que desacostumbrarnos a la normalidad para pensar no en volver a la normalidad sino en cómo adaptarnos a una excepción necesaria.

Ahora no existen los videoclubes, los cines están cerrados y la emoción de presentar libros entre lágrimas, preguntas y abrazos los cerraron de lo mejor de las fiestas federales. Hay algo que no es nuevo, pero que los libros feministas de la Argentina del siglo XXI rearmaron de una manera maravillosa: los libros se volvieron pancartas en las calles y conversación multiplicada.

Se venden menos pero llegan más. Y ese valor de hilvanación multiplicada en cada lugar del país y de América Latina no se puede perder, se debe multiplicar, sin negar el retroceso, sin dejar de pensar en el impulso hacia adelante.

La lectura viva, alzada, de pie, de hacer que lo mejor no sea lo que está contado sino lo que te cuentan mientras contas algo que siempre se queda chico mientras la voz se multiplica en los libros que, es cierto, están en crisis como en Mamushkas que pasan de ser crisis chicas a crecer en tamaño, pero que también han encontrado en los mensajes de Instagram y en las charlas federales en todo el país una forma nueva de encuadrarse sin ser anilladas.

Hoy trabajo mientras mis hijos hacen sus clases por zoom e irrumpen para preguntar por química e historia, freno para aderezar la ensalada y parpadeo con cada parpadear de mi hija a la que siento tan cerca como si estuviéramos en el mismo recreo o en el mismo examen.



La cuarentena parece excepcional pero se parece tanto al puerperio. Y justamente a la singularidad de cómo lo viven las madres: nunca igual. Hace muy poco que el puerperio empezó a ser contado en libros, películas e historias como nunca antes en donde todo desvelo maternal –que no sea el deber ser como imposición social– era negado. Nosotras escribimos para contar una historia que nos silenciaba. Podemos volver a cuidar, a guardarnos, a desvelarnos de noche. Pero no a callarnos.

Las noches de aislamiento social, pero también de aislamiento cultural, son, como cuando un bebé duerme en las horas que quiere y el cuerpo acuna y canta lo que le viene a la mente que puede ser un perreo o el himno nacional, son horas insomnio, tan parecidas a la cuarentena, donde el afuera y el tiempo dejan de existir, donde el miedo lleva a sentir la respiración para comprobar que la vida no se detuvo y hasta comer un sándwich es un malabar frente al que nunca se pueden bajar los brazos.

Estamos en tiempo de remar en dulce de leche repostero. Y así vamos. Pero también disfrutamos del viaje. Cocinamos. Traficamos repostería. Compartimos recetas. Hacemos del lugar de encierro y la domesticación un refugio para la asfixia de perder las fronteras no geográficas –sino vitales– de mirar más allá.

En un viaje en barco, mi hija, pequeña en ese entonces, me preguntó en el medio del mar: “¿Dónde hay un país?”. No se avizoraba tierra, sino agua. Y ahora el mundo se encuentra así. El problema no es lo que sabemos, sino la incertidumbre. No es lo que vemos, sino lo que no vemos.

No queremos ser adivinas, pero tampoco volver a dejar el pronóstico de la humanidad a los señores que parecen tener mentes como telescopios al futuro. Por eso, nosotras también queremos escribir sobre lo que viene –incluso la equivocación es un derecho a ganar–, sí queremos mirar para adelante sin que el único camino sea mirar para atrás.

Cocinar, escribir, cuidar, cantar son formas de cuidado. Pero no deben ser formas de seguir dando sin disfrutar, ni recibir. La generosidad no puede confundirse con formas de opresión que ponen en manos de las mujeres la desvalorización de los saberes y el tiempo de creación.

Eso sí, podemos chupetear el viaje y hacer de la estadía interior un tiempo de disfrute con menos exigencias de producción y más viaje sin mapas y check out fechado para cumplir con la exigencia moderna de siempre tener un scanner por el que pasar.

Con el amor pasa lo mismo que con los alfajores. Es tan fácil de conseguir alguien con quien pasar un buen rato que la gente se desencuentra, desecha o posterga. Los kioscos están llenos de posibilidades y los ojos se pierden en la oferta que expulsa más de lo que llama.

La llama de la pasión se apaga de tanto ver señores haciendo deportes y paseando perros, y señoras con filtros que disimulan su edad y sus ansias. Una cosa es mostrar nuestra mejor versión y otra hacer de la versión de nosotros mismos una forma de vernos tan solo en ese verso sin poética de la seducción desencontrada.

¿En qué se parecen los alfajores y el amor cuando desaparecen de la vista o de la posibilidad de ir a buscarlo? Justo cuando comíamos demasiado por tenerlos a mano o ya no queríamos ninguno porque nos mareaba la oferta o porque ya no implicaba la originalidad envuelta en papel dorado, azul o plateado, cuando no eran un signo de volver del mar y –ni siquiera– de un sello nacional, volvimos a suspirar por morder de a poco esa tinta dulce que nos recobra nuestra infancia como una lengua en donde no perder la sangre por la que vivimos.

Ahora ansiamos más que nunca vernos, amarnos, comernos, viajarnos. El deseo enciende. Y esta es una oportunidad para el amor y la cultura. No solo dejar de aburrirnos, sino volver a querer salir de casa más que tirarnos en el sofá a pasar el tiempo.

En el amor, la sociedad apuesta por parejas clásicas –un alfajor simple pero cumplidor que no trae inconvenientes; tampoco, zozobra. Algunos de los que apostaron a ese formato ganaron con la compañía puertas para adentro, las horas de guiso y los batallones para limpiar y pasar el rato con alguien a quien comentar las noticias sin tener que apretar un botón para ser mirado y para escuchar hablar.

Traigamos de este viaje de cuarentena alfajores. Disfrutemos del mordisco. Entendamos que la comida local es única sin tanto *franchising* y deseemos probar lo desconocido. No nos quedemos en lo único que conocemos ni dejemos de probar lo nuevo. No nos durmamos con las persianas bajas, ni nos apuremos hacia una vorágine en donde nos perdemos.

Valoremos el dulce y vayamos por lo picante. Con nosotras, con lo nuestro, y hagamos colectivo el trabajo de crear las formas de contar en donde la hermandad se multiplique para salir adelante. Hagamos de la dulzura una botella en el naufragio. ♦